

La invención romántica de la Edad Media. Representaciones del Medievo en el siglo XIX

MERCEDES COMELLAS (COORD.)

Sevilla, EUS, 2022, 381 pp.

Ahora que la recreación del futuro y las distopías se han convertido en materias muy productivas tanto para el ensayo como para la ficción narrativa y cinematográfica, es pertinente recordar que también el pasado se inventa. Siguiendo esta premisa, un grupo de especialistas en historia, arte y literatura aborda aquí uno de los procesos más relevantes de nuestra historia literaria: la formación del imaginario sobre la Edad Media. Sus aportaciones confirman la hipótesis de que los románticos fueron los principales “inventores” de la Edad Media, una época poco precisa, devenida entonces trasfondo privilegiado del arte y la poesía, pero también de singular interés para otros gremios, desde los juristas a los arquitectos.

El volumen comprende once estudios sobre el medievalismo romántico, ordenados de forma cronológica y conceptual. Se abre con un prólogo de la coordinadora, Mercedes Comellas, inves-

tigadora principal del proyecto de investigación SILEM II (*Hacia la Institucionalización Literaria: Polemicas y Debates Historiográficos, 1500-1844*). En él se interroga acerca de la fascinación de los románticos por los llamados “siglos bajos”, que pasaron a ser considerados el origen de la propia contemporaneidad, hasta el punto de que algunas de las más importantes definiciones del Romanticismo giran en torno a ese vínculo con lo medieval. En particular, atiende a la literatura española, que sirvió a los primeros románticos alemanes como paradigma de esta relación genética entre Medievo y Modernidad —aspecto sobre el que ahondará Carmen Calzada—. Según Comellas, “queda aún mucho por dilucidar sobre las razones profundas que movieron a muy diferentes literatos españoles —incluso de signo contrario— a esa reivindicación pertinaz del pasado medieval y, sobre todo, a identificarse emocionalmente con un tiempo del que se

desconocía casi todo” (pp. 27-28). A este propósito se consagran los siguientes trabajos, los cuales se detienen en distintos hitos de la coloración de ese “lienzo en blanco” de la historiografía medieval. En el proceso estudiado, los dos pilares fundamentales fueron el orden político y el religioso, circunstancias que no han de obviarse en ningún acercamiento a tan interesada *romantización*. Sobre dicho asunto volverá la misma investigadora en el capítulo tercero.

Carmen Calzada pasa revista a “La recuperación de la literatura medieval española desde Alemania: Dieze, Bouterwek y Friedrich Schlegel”, quizá el más importante jalón, pues los hispanistas alemanes fueron pioneros a la hora de remontar a la Edad Media el origen de la cultura española. La principal consecuencia estética de esta búsqueda de las raíces se tradujo en el abandono del clasicismo en favor de nuevos valores, como la fantasía y la expresividad, los cuales, tal como postulan tres de los historiadores más conspicuos del hispanismo alemán, concurren en la literatura medieval española. La *Geschichte der spanischen Dichtkunst* (1769) de Johann Andreas Dieze es una traducción de los *Orígenes de la poesía castellana* (1754), de

Luis José Velázquez, enriquecida con sustanciosas notas en las cuales el erudito analiza la evolución literaria como un *continuum*. Frente a la opinión generalizada entre los ilustrados, que la tachaban de balbuceo rudimentario, estima la poesía popular antigua como un producto de su tiempo y encuentra en los romances y en la poesía de cancionero la singularidad de un pueblo, a zaga de Herder en su formulación del *Volksgeist*. Por su parte, aun sin valorar en exceso las innovaciones medievales, Bouterwek, (*Geschichte der spanischen Poesie und Beredsamkeit*, 1804, III), cifra la originalidad del pueblo español en la simbiosis con la cultura árabe, apuntalando el tópico del sincretismo ibérico. Los textos de Friedrich Schlegel (1797-1822) evidencian una profunda admiración por aquella poesía popular española de la Edad Media, que presenta al público teutón como dechado de naturalidad, musicalidad e hibridismo con el sustrato islámico. Este recorrido muestra “la disolución de un sentido lineal y racionalista del devenir histórico [la cual] trastocaría asimismo las ideas estéticas, permitiendo el paso de lo universal a lo particular, del orden y la proporción a la mezcla y la síntesis” (p. 79).

En “La reivindicación romántica del medioevo español: ideología y mito”, Comellas estudia el uso ideológicamente interesado que se hizo de tal imaginario desde finales del siglo XVIII y durante el Romanticismo. Se trata de una cuestión todavía vigente, pues los mitos de los que se sirvió el liberalismo para forjar la nueva nación política —ya sea el de la Reconquista o el de las Tres Culturas— persistieron durante todo el siglo XX y hasta hoy. Comellas toma en consideración las diversas líneas de vindicación de la Edad Media que, con diferente raíz y orientación ideológica, convivieron en aquella época, sustentadas por las contribuciones de historiadores, políticos y literatos.

Manuel Contreras Jiménez nos devuelve al ámbito internacional con el epígrafe “*La Edad Media en l’Espagne sous Ferdinand VII* (1838), del marqués de Custine: Su pensamiento político y estético desde el catolicismo romántico”. Tomando como referente el libro de viajes del autor galo, estudia la función del periodo medieval en la configuración de España como “otredad” dentro de la Europa romántica. Tras presentar al marqués y su política, pasa a definir su estética: política y arte son los

dos ejes en torno a los cuales ordena el trazado de la historia, con referente último en San Agustín y como antítesis del progresismo de Tocqueville. El antiliberalismo de Custine, de raigambre católica, lo lleva a buscar en España un territorio ideal, al margen de los procesos de modernización foráneos. Es curioso que su posición se aleje del medievalismo artístico propio de su tiempo: de hecho, se separa de la imitación moderna, ya que el artista debe perseguir lo divino desde su propia sensibilidad.

Claudia Lora Márquez (“Montserrat romántico: sublimidad y misticismo en torno a la montaña y el monasterio”) nos interna en la dimensión legendaria. El monasterio medieval de Montserrat y la tradición sobre sus orígenes sirvieron como escenario, de honda significación espiritual, para los acercamientos al medioevo peninsular por autores españoles y de otras naciones —entre los cuales se cuentan Wilhelm von Humboldt, Johann Wolfgang von Goethe y Richard Wagner—. Tras la pertinente exposición de antecedentes y versiones alemanas, Lora Márquez sondea *La azucena silvestre: leyenda religiosa del siglo IX* (1845) de José Zorrilla, que “recrea el mito fundacional del monasterio, esto es, la historia

del monje Juan Guarín” (p. 176), señalando las concomitancias y diferencias con las fuentes previas y relacionándola con su contexto literario (Balaguer, Piferrer) e histórico (la desamortización). El capítulo se cierra con una revisión de las versiones con que los poetas de la *Renaixença* buscaron convertir la leyenda del monasterio en un mito cultural.

Entre los ingredientes fundamentales del medievalismo romántico sobresale el goticismo, al que Isabel Clúa Ginés dedica unas valiosas páginas de naturaleza teórica. Explora el uso de “lo medieval” en los cuentos de *El Artista* (1835-1836), entendido no solo como coordenada espaciotemporal, sino como una convención del gótico que se adapta e integra en la revista. Desde esta ladera, la evocación del medieval se convierte en un recurso heterotópico, lo que explica las indefiniciones y anacronías en su demarcación. Este carácter de “lo medieval” se articula en dos elementos clave de la nueva estética: por un lado, la exploración de las emociones ligadas al estilo sublime, que desemboca en el uso —y abuso— de una imagería que deviene tópica y en que proliferan «sonidos perturbadores [...], luces titilantes [...], pasajes subterráneos

y laberínticos [...], etc.» (p. 203). Y, por otro, la reconfiguración del concepto de verdad artística, traducida en el empleo de determinadas técnicas narrativas que favorecen y legitiman la manipulación flagrante del pasado.

Magdalena Illán Martín y Custodio Velasco Mesa incorporan la perspectiva de género a su estudio: “La mujer del medieval en la cultura visual del romanticismo español: Imagen, discurso y propaganda (1833-1868)”. A partir de las coordenadas políticas durante la regencia y el conflicto sucesorio en la década de 1830, su investigación se centra en “el despliegue de un inédito y vasto corpus de representaciones artísticas destinadas a exaltar las virtudes de mujeres gobernantes en la historia de España, [y] en particular [...] en la historia de la España medieval” (p. 223). Hacen hincapié en el uso político de dichas representaciones dentro de un contexto de construcción identitaria: la reconstrucción imaginaria de la Edad Media sirvió para afianzar la nueva moral burguesa y su visión patriarcal.

Fructuoso Atencia Requena ahonda en la imagen de la santidad que ofrecen algunas novelas históricas del Romanticismo español. Busca superar las limitacio-

nes con que en otro tiempo se ha abordado la figura arquetípica del ángel del hogar, ideal de la heroína romántica. Frente a una visión en exceso reductora, según la cual aquella sería fruto exclusivo de la visión decimonónica de la mujer, rastrea los modelos medievales de cinco heroínas románticas para demostrar que estas se configuran primordialmente sobre un arquetipo de santidad femenina desarrollado en textos religiosos durante los siglos medios (como *La leyenda dorada*). De este modo, Atencia Requena demuestra que los rasgos en apariencia transgresores de algunos personajes femeninos románticos responden no a inspiraciones originales, sino a las fuentes medievales en las que abrevaron los autores del XIX.

Montserrat Ribao Pereira (“Tamorlán en la escena romántica española: *El rayo de Oriente*, de Eduardo Asquerino”), analiza la reescritura dramática de la *Embajada a Tamorlán*, una famosa crónica del siglo XV. Habida cuenta de los condicionantes culturales y políticos de España durante la década de 1840, examina en detalle cómo la crónica tardomedieval, a su paso por las tablas, “se desviste de historicidad y adecúa su perfil a los dictados estéticos y a

las necesidades ideológicas de los autores que acuden a [ella] para reescribirl[a]” (p. 314). Ribao demuestra que el menor de los Asquerinos, como parte de su férreo compromiso republicano, se sirve del mito oriental para poner de relieve los problemas del XIX.

Antonio Sánchez Jiménez se ocupa de otra leyenda medieval de largo recorrido en “Lope de Vega a Tomeo Benedicto: la acción secundaria en cinco obras dramáticas sobre *La campana de Huesca*”, donde desentraña las intrigas secundarias de cinco piezas castellanas: *La campana de Aragón* (c. 1596-1603), de Lope; *La gran comedia de la campana de Aragón* (c. 1637-1638), de Martínez de Meneses y Belmonte Bermúdez; *La corona en tres hermanos* (1676), de Vera Tassis; y ya en el siglo XIX, *El rey monje* (1837), de Antonio García Gutiérrez, y *La campana de Huesca* (1862), de Tomeo Benedicto. Esta panorámica desvela la reutilización de la estructura bimembre del argumento, acomodando el mito a diversos relatos secundarios que reflejan las inquietudes estéticas y/o políticas de cada momento.

Cierra el volumen Íñigo Sánchez Llama con un estudio sobre el *Flavio Recaredo* (1851) de Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Atiende principalmente a la instrumentalización ideológica de los motivos y argumentos medievales, conectando así con el citado prólogo de Mercedes Comellas. Sánchez Llama brinda una ingeniosa lectura del drama de Tula, que no fue el único que doña Gertrudis ambientó en la Edad Media española, pero sí el de mayor valor literario y significación política, dado que participaba del debate sobre el papel de la monarquía visigoda y su utilización por los sectores liberales. Prueba de su relevancia fue la asistencia al estreno de la familia real al completo.

En suma, el volumen que coordina Mercedes Comellas profundiza en el proceso por el que los autores románticos dieron forma y color al hasta entonces escasamente visitado periodo medieval, hasta convertirlo en escenario privilegiado de sus obras y en base de la construcción histórica y política del presente.

El criterio estructural seguido para estudiar este proceso permite conjugar una visión panorámica con el análisis crítico de diferentes manifestaciones concretas que adquieren todo su sentido contempladas en el conjunto. Asimismo, el enfoque multidisciplinar con el que se ha acometido el volumen

pone de manifiesto la persistencia y versatilidad del fenómeno, cuyos efectos no pueden circunscribirse a los límites exclusivamente literarios.

En última instancia, la obra plantea preguntas sobre cómo la reinterpretación del pasado sigue impactando nuestra comprensión contemporánea de la historia y la cultura medievales. Si los autores románticos miraron hacia los siglos medios para encontrar un fundamento desde el que explicar su presente, este libro imprescindible, como en una *mise en abîme*, proyecta su mirada hacia los años románticos para comprender el nuestro.

Ioannis Mylonás Ojeda
Universidad de Sevilla